

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 274

Memoria de los acontecimientos de los españoles vecinos de Catorce, Venado, Matehuala y  
Cedral

*Memoria curiosa de los sangrientos sucesos acaecidos a don Juan Villarguide y sus  
compañeros, en poder de los insurgentes*

*Carta del mismo Villarguide a un amigo suyo*

Mi amado y sensible Joaquín: en una de mis cartas te ofrecí la relación de mis trabajos, y voy a cumplirte mi palabra por más que me acobarde el conocimiento de mis cortas luces para tratar de unas escenas que ninguno por hábil que sea podrá jamás describir con toda la fuerza y viveza con que yo las he presenciado. Los pasajes que contiene naturalmente interesarán tu corazón a pesar de la debilidad de mis expresiones. Verás los hechos como han pasado sin mezcla de exageración; verás la verdad sencilla. Trataré únicamente de lo esencial para no hacer más fastidiosa la relación. Léela pues con indulgencia, compadece a tu amigo, y da infinitas gracias a la Providencia que tan prodigiosamente me conserva.

En 11 de julio de 1810 tuve el placer y satisfacción de abrazarte al tiempo de partir para tierra adentro, y a pocos días recibiste en Querétaro una carta, en que te avisé de mi llegada al destino del Real de Catorce. En ella te comunicaba igualmente la particular estimación que debí al señor Larrea, de cuya beneficencia sola pude disfrutar dieciséis días; pues un dolor de costado lo arrebató de esta vida, llenando a mi alma con la aflicción que debía causarme la pérdida de este hombre apreciable.

Yo permanecí algunos días disfrutando de aquella quietud que entonces era el don común de todos los habitantes de este pacífico reino, hasta que supimos la terrible

revolución suscitada escandalosamente en el pueblo de Dolores, San Miguel el Grande, Guanajuato y otros pueblos, acaudillada por el execrable cura Hidalgo. Los pocos europeos que estábamos en el real nos pusimos sobre las armas, hicimos guardias, rondas y cuanto nos pareció conveniente para contener y mantener en buen orden aquella perversa plebe, que ya daba las más claras pruebas de su dallada disposición.

No creímos que el partido de Hidalgo prevaleciese más tiempo, así por las célebres batallas de las Cruces y Aculco, en donde fue vergonzosamente derrotado, como por las terribles censuras de la Iglesia que comprendían a todos los que directa o indirectamente tuviesen parte en la revolución; pero los ánimos estaban tan dispuestos a ella, que en poco tiempo voló y se extendió por todas partes con tanta velocidad como la pólvora se inflama con el fuego. *Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva Fernando Séptimo, mueran todos los europeos*; esta era la voz de que se servía el sacrílego cura y sus infames satélites para los robos, las profanaciones, los incendios, los asesinatos y todo el horrible cúmulo de atrocidades cometidas en esta América. Con esta voz sorprendían al inocente europeo que vivía descuidado y feliz en el seno de su familia; lo arrancaban inhumanamente de sus brazos, lo cargaban de prisiones, lo encerraban en los más inmundos calabozos privándolos de todo humano consuelo, sin más delito que el de haber nacido en España. Se apoderaban de las riquezas que habían adquirido con su industria y con el sudor de muchos años. La viuda y los inocentes hijos quedaban despojados de todos sus derechos, y reducidos la más horrorosa miseria y desamparo... Se quebrantaron por fin todas las leyes que nos unen recíprocamente en la sociedad; se despreciaron con la más negra ingratitud los lazos de la sangre; el hijo tiñó su espada en la sangre del padre y del hermano, y se despreció sacrílegamente cuanto hay más sagrado en los cielos y en la tierra, ¡Ah, la historia no presenta hechos más horribles, ni tiranías más inauditas! Pero yo me distraigo de mi objeto;

continuaré para que de nuestras desgracias infieras los demás trastornos y crueldades que han sido el efecto de esta terrible convulsión política en las mansiones de la paz.

En 13 de noviembre supimos la sublevación de San Luis Potosí, concitada por unos legos de San Juan de Dios, y por más de cuatrocientos bandidos y reos de estado que sacaron de las cárceles, en donde esperaban el último suplicio por sus delitos; tales eran las gentes que hacían cabeza en aquellas gavillas de asesinos; los más viciosos, los más infames, los más ignorantes y perdidos, ¿qué resultados se debían esperar?

Viéndonos pues cercados por dentro y por fuera de un gran número de enemigos que no podíamos resistir, salimos del real en el mejor orden a reunirnos con los patriotas del Venado, valle de Matehuala, Cedral y demás pueblos vecinos, para ponernos en estado de defensa, como lo habíamos concertado, formando una partida de guerrilla que impusiera temor al enemigo. Pero tuvimos el disgusto de ver que los europeos de los citados lugares por donde transitamos, sobrecogidos de un pánico terror, se habían retirado a la villa del Saltillo, en donde las tropas al mando del señor coronel Cordero ofrecían alguna seguridad. No teniéndola ya nosotros por ningún otro punto, nos dirigimos también allá.

Yo me había unido a mi amigo Pico, a su tío don Jacobo María Santos y al generoso don Manuel Abreu, resuelto a correr la suerte de ellos. Se juntó en el Saltillo un considerable número de europeos; pero por más esfuerzos que hicieron algunos honrados patriotas para formar una partida, que auxiliada por alguna tropa del señor Cordero, podría reconquistar toda la provincia de Potosí, y llegar sin oposición a reunirse con el ejército de operaciones, fue imposible acordar las ideas de todos; cada uno quería que la partida fuese primero por el lugar en que había tenido su residencia o intereses; otros trataron de salvar sus personas y caudales embarcándose en la costa. Por otra parte, el jefe que debía fomentar los buenos deseos de los que queríamos ser útiles al rey y al estado, obligando a todos a la

reunión y al orden, miró esto con indiferencia; y he aquí que el egoísmo y la indolencia dispersaron a casi todos.

Así pasamos en el Saltillo cerca de dos meses, en cuyo tiempo recibió orden el señor Cordero de salir con sus tropas a limpiar de ladrones toda la provincia de Potosí, restableciendo en ella el buen orden y las autoridades legítimas. Los pocos europeos que quedamos en el Saltillo, salimos con dos mil soldados, a las órdenes del señor Cordero.

El día seis de enero de 1811 se presentó en el campo de Agua Nueva el cabecilla Jiménez con 11.000 insurgentes, que ciertamente hubieran sido arrollados por nuestras tropas, a no estar ellas seducidas y corrompidas por el enemigo; de manera que sin obedecer las voces de su comandante se pasaron todas con armas, caballos y cuanto tenían del rey, al partido de los insurgentes. El infeliz Cordero tuvo que correr muchas leguas con el objeto de salvar su persona; mas sus mismos dragones lo alcanzaron y entregaron vilmente al enemigo. Éste entró sin oposición hasta el nuevo Santander, dejando en su tránsito asolados con sus robos y barbarie, todos los pueblos que habían salido a recibirle con el palio.

Jiménez era el menos inhumano de todos los cabecillas: indultó a todos los europeos y nos mandó volver a nuestros pueblos, bajo las mayores seguridades.<sup>1</sup> En tan críticas circunstancias determinamos don Jacobo y otros nueve compañeros, retroceder para tierra afuera, con el objeto de reunirnos a toda costa a las tropas del rey, que caminaban entonces para Guadalajara. Nos pusimos pues, en camino, sin reflexionar las muchas leguas que teníamos que atravesar, y por pueblos y rancherías, cuyos habitantes se habían convertido

---

<sup>1</sup> En todas partes nos trataban con odio mortal, y aquellos indultos eran para tenernos más seguros.

en nuestros mortales enemigos; y es que nuestro destino nos arrastraba poderosamente a mayores infortunios.

El día 13 da enero comenzaron nuestras desgracias. A las dos de la tarde llegamos a un rancho distante dos leguas del Cedral. Nuestras bestias venían muy sedientas y fatigadas, y fue necesario despacharlas con los mozos a un aguaje que había cosa de media legua. Nosotros entre tanto descansamos; pero viendo que pasaba mucho tiempo y que los mozos no volvían, empezamos a recelar que los habrían sorprendido con todo nuestro avío en el aguaje. En efecto así había sucedido, y en menos de un cuarto de hora nos vimos cercados por más de seiscientos hombres, bien armados, de a caballo y de a pie. El primer impulso de algunos de nosotros fue preparar nuestras escopetas; pero viendo que éramos solos diez contra tantos, que estábamos todos a pie, y que si nos poníamos en defensa era inevitable nuestra muerte, determinamos ocurrir a los indultos, creyendo que respetarían la firma de su general Jiménez. Ellos se iban acercando a nosotros gritando terriblemente, ¿quién vive? ¿quién vive? Se adelantó don Jacobo y un religioso que nos acompañaba con los indultos en las manos, asegurándonos que nosotros veníamos de paz a presentarnos en San Luis, y que en prueba de ello viesen los resguardos que nos había dado su general. Pero los bárbaros despreciando todo esto y sin cesar su griterío aseguraron al religioso, poniéndole dos pistolas al pecho; a don Jacobo lo lazaron por el cuello y lo arrastraron cruelmente, privándolo del uso de los sentidos a fuerza de palos y cuchilladas. Al mismo tiempo cargó sobre nosotros aquella gavilla de tigres encarnizados, y nos ataron fuertemente las manos atrás. Llovían sobre nosotros las balas, palos y machetazos, después de amarrados e indefensos... El infeliz Alejo, cayó a mis pies atravesado de un balazo, y cuando clamaba por un confesor le respondieron *allá te confesarás en el infierno con Lucifer, hereje, indigno*, y pisándole el vientre y la cabeza le hicieron expirar...

Ya nos reunieron a todos, y entonces vi al respetable don Jacobo, al amable Abreu, a Pico y a los más de los compañeros llenos de heridas, blindes de sangre y sus vestidos hechos pedazos, de modo que presentaban un cuadro sangriento capaz de enternecer a un bronce; pero nuestros verdugos se enfurecían cada vez más.

Mientras unos fueron a robar nuestras cargas, sin dejarnos ropa, alhajas, armas, ni nada de cuanto traíamos, otros inhumanos nos conducían a pie en triunfo para el Cedral. Nos llevaban fuertemente amarrados, cubiertos de sangre y polvo, y casi agonizando de dolor. No cesaban de darnos golpes y de decirnos las palabras más obscenas y denigrativas. *Mueran, mueran estos perros gachupines herejes, y viva la América.* Así nos metieron al Cedral; se agolpó toda la plebe a vernos y llenarnos de maldiciones, y hasta las mujeres y muchachos pedían sin cesar nuestras cabezas. Creció la gritería y los insultos, y nuestros conductores tuvieron hartos que hacer para librarnos y contener el furor de aquellos caribes.

Nos encerraron con separación en unas bodegas indecentísimas. Yo supliqué que me permitieran estar preso con don Jacobo y su sobrino, porque estaban muy heridos; nos dieron nuestros colchones, los desnudé y acosté.

¡Qué noche Dios mío! La imaginación no podía sostener las sangrientas escenas que se le representaban de golpe. Los horrorosos acontecimientos de la tarde; los tristes ayes de los heridos; los dicterios de los infames que nos custodiaban, afilando sus machetes y amenazándonos con ellos; la muerte que nos anunciaban a cada instante... Por otra parte el cadáver del pobre Alejo tendido en un ataúd, cercado de aquellos hipócritas que toda la noche nos horrorizaron con un desentonado canto lúgubre, con que querían honrar al Dios de la verdad y de la inocencia... ¡Qué situación la nuestra tan digna de compasión!

El día siguiente a fuerza de súplicas se nos permitió el consuelo de que estuviésemos todos juntos en una de las bodegas, y trajeron unas mujeres para que curasen

a los heridos. Por la tarde se agolpó una multitud de plebe a la puerta de nuestra prisión; pidiendo con horrible gritería *cien pesos por cada uno de los gachupines, o que se los entregasen para llevar las cabezas a su generalísimo*. Si nuestras centinelas no hubieran cumplido tan bien las órdenes que tenían, seguramente entran aquellos bárbaros y nos sacrifican; pero ellos pudieron hacerlos retirar.

Se nos quitó toda comunicación, y sólo se abría nuestro frío calabozo para darnos de comer, o cuando se curaban los heridos, y entonces era a presencia de todos aquellos insolentes que nos cercaban calándonos las armas, o insultándonos cruelmente. De noche se doblaba la guardia y rodeaban nuestra prisión más de cincuenta, que gritaban sin cesar *el centinela alerta*, y así conseguían atormentarnos y no dejarnos pegar los ojos.

Así pasamos más de un mes, en cuyo tiempo nos condujeron a Matehuala, en medio de una chusma de indios flecheros. Allí tuvimos también mil sustos y aflicciones, porque en todas partes nos trataban con un lidio implacable. Don Jacobo y otro de los compañeros recibieron indultos de San Luis Potosí, y orden de presentarse en aquella ciudad. Partió pues, y nos dejó en la mayor consternación porque no esperábamos volverlo a ver. Él iba interesadísimo en hacer todos los posibles esfuerzos para que nos pasaran a San Luis.<sup>2</sup>

A los dos días de haberse separado de nosotros don Jacobo, recibíamos una esquela suya con la terrible noticia de que el infame Hidalgo venía a Matehuala, desesperado y furioso por la batalla que tan completamente había perdido en puente de Calderón, en donde fue de los primeros que huyeron. Venía anticipando órdenes a los pueblos para que

---

<sup>2</sup> Es de advertir que el intendente que habían puesto en esta ciudad los insurgentes (don Miguel Flores) lejos de seguir el partido de Hidalgo, hizo mucho en favor de los inocentes perseguidos. Gastó bastante dinero en socorrer a las familias de los infelices, que había sacado Iriarte para Aguascalientes y Guadalajara, en donde fueron sacrificados del modo más cruel; en fin, merece la general estimación este buen patriota. Con esta advertencia no se extrañará que nosotros hallásemos algún abrigo en San Luis, siendo uno de los pueblos que obedecían al perverso cura.



recogiesen a todos los europeos indultados y no indultados, y a su llegada los sacrificaba a su brutal odio.

Esta noticia nos llenó de pavor, y más cuando dentro de tres días debían llegar a Matehuala los aposentadores de su alteza serenísima, y entonces era inevitable que nos cortaran las cabezas con una sierra, como lo hicieron allí y en el Cedral con los infelices que cogieron a las manos. Véase si nuestra situación era la más amarga que pueda imaginarse. Don Jacobo y su compañero extraviaron camino y fueron a sepultarse en un monte; ¡hallaron allí más humanidad en las fieras que nosotros entre los hombres!

El intendente de San Luis deseando librarnos del riesgo que nos amenazaba, así que supo los estragos que el cura venía haciendo en su huida, comisionó con tiempo a un coronel insurgente, dándole su coche, treinta mulas de tiro y más de quinientos pesos para que trajera a San Luis los europeos que hubiese en Catorce, Cedral y Matehuala, con el pretexto de tenerlos más seguros en la ciudad. Si el coronel insurgente hubiera desempeñado su comisión con la eficacia y puntualidad que tanto se le había recomendado, hubiera logrado sus deseos el benéfico intendente; pero se frustraron desgraciadamente por la indolencia del tal comisionado.

Sin embargo, nos sacó de Matehuala un día antes de que entrasen los aposentadores del cura. Caminamos dos días escoltados por indios flecheros, y con muchísimo temor porque teníamos que pasar muy inmediatos a las gentes de Hidalgo.

El tercer día nos creímos ya fuera de peligro y llenos de gusto y esperanza llegamos temprano a una legua de San Luis; pero he aquí que recibimos el aviso de que el sanguinario angloamericano había entrado aquella mañana con bastante gente en la ciudad; que había quemado la horca; que había entregado la ciudad al saqueo; que pedía con ansia la cabeza del intendente Flores (por fortuna ya él se había puesto en salvo), y que al día

siguiente debían entrar con un numeroso ejército el mariscal Herrera<sup>3</sup>, el brigadier Blanca<sup>4</sup>, y otros. Todos estos venían huyendo de Guadalajara y cometiendo los más crueles excesos. ¡Quién se ha visto en más aflicción que nosotros! ¡Ah! ¡la sangre se heló en nuestras venas y el mayor desconsuelo se apoderó de nuestros espíritus! ¡Por dónde huiríamos cuando todos los puntos estaban por los enemigos, y nuestro riesgo era inminente!

Retrocedimos pues, por el mismo camino sin objeto determinado, y cuando al día siguiente llegamos a la hacienda de Piotillos, distante catorce leguas de la ciudad, fuimos sorprendidos por los mismos operarios y otros indios armados, que sin respetar a nuestro coronel insurgente nos amarraron, nos robaron lo poco que llevábamos y nos encerraron en la cárcel, en donde pasamos una noche cruelísima sobre la tierra. Sólo Dios pudo darnos constancia y sufrimiento en medio de tantas amarguras.

En la mañana siguiente fuimos conducidos a San Luis, y se nos destinó una prisión en el convento de San Francisco, donde estuvimos tres días sumergidos en la mayor aflicción, esperando cuál sería nuestra suerte, hasta que la noche del tercero<sup>5</sup> entró una porción de coroneles y oficiales en la prisión: “En nombre de la nación americana, nos dijeron, salgan ustedes prontamente para fuera.” Obedecimos, y nos cercaron más de sesenta lanceros que nos sacaron del convento. Yo pregunté a uno de ellos, ¿si nos llevaban a la presencia de sus generales? Me respondió que sí; que íbamos a dar unas declaraciones, y que nos volverían al convento. Aún teníamos alguna esperanza de ablandar los corazones de aquellas fieras; ¡pero cuál fue nuestra sorpresa cuando a pocos pasos nos vimos a las puertas de la terrible cárcel pública de la ciudad! Nos hicieron entrar a empujones hasta el

---

<sup>3</sup> El mismo que sublevó a San Luis: lego de San Juan de Dios de una infame conducta.

<sup>4</sup> Un libertino escandaloso, que sólo podrá compararse con el diablo.

<sup>5</sup> 17 de febrero

segundo golpe, y nos dejaron encerrados en un horroroso calabozo. Nos tiramos sobre las losas y nos abandonamos a las más amargas y funestas reflexiones; ¡ay! ¡Los tristes suspiros que salían de nuestros pechos acongojados y oprimidos era lo único que interrumpía aquel pavoroso silencio! ¡Oh Dios clemente, decíamos, Dios piadoso... ¡hasta cuándo padecerán estas víctimas inocentes! No nos abandones, Señor: danos constancia y resignación para sufrir más por tu amo. Nos habíamos confesado en los dos días anteriores, y este sacramento consolador había derramado sobre nuestras almas su bálsamo celestial; todos nos resignamos en el seno de la augusta Providencia, adorando en silencio sus altísimos decretos.

La mañana siguiente entró el carcelero y nos manifestó mucha compasión. Nos dijo: que habiéndose presentado al señor mariscal Herrera para que le diese para nuestra comida, le había respondido que *el que tuviera comiese, y el que no que rabiase*. Añadió el carcelero que había visto a un devoto que cuidaba y auxiliaba a todos los reos destinados al suplicio, y que él se había encargado de nuestra comida.<sup>6</sup>

Pocas horas después nos volvió a estremecer el ruido de las llaves y las rejas: eran los lanceros que encerraron en nuestro calabozo otras tres víctimas... ¡Oh Dios!... ¡el honrado Verdeja, Inguanzo, y Molleda; todos amigos míos, del comercio del Real de Catorce! Así que estuvimos solos soltamos los diques a nuestro llanto, y nos contamos nuestras desgracias.

El día 19 de febrero no se abrió nuestra prisión hasta las doce del día, ¡momento que jamás se borrará de mi memoria! Entró un joven insolente que conducía dos ancianos

---

<sup>6</sup> Nuestro amable y generoso compañero don Manuel María de Abreu, que estaba gravemente enfermo en un hospital, era el que cuidaba de nuestro alimento por mano del devoto. También ofreció por medio de una señora seis mil pesos por nuestra libertad, y no la pudo obtener.

respetables, uno de ochenta y cinco años de edad, y el otro de sesenta y ocho. Los dejó con nosotros después de habernos dicho mil necedades, y de prevenirnos que estaba muy cercana la hora de nuestro suplicio; él se titulaba coronel, y estaba tan borracho que no se podía tener en pie. A la una entró un religioso de San Francisco hecho un mar de lágrimas, nos abrazó a todos, y nos dijo estas palabras: “hijos míos, den gracias a Dios; estaban sentenciados a morir esta tarde puestos a las bocas de los cañones; les perdonan las vidas porque hubo un poderoso empeño.— ¿Quién, padre?— Todos los eclesiásticos de esta ciudad postrados ante los generales imploramos su misericordia en favor de ustedes; hemos sido rechazados con el mayor desprecio; pero inmediatamente fuimos a la iglesia y les llevamos el Santísimo Sacramentos... sí, hijos míos; Dios sacramentado fue a interceder por ustedes... ¡qué escena tan asombrosa !... Están ustedes libres.”

A este tiempo entraron los lanceros y echaron fuera al buen religioso, amenazándole con el degüello porque se mostraba tan apasionado y oficioso con los gachupines. Nosotros nos quedamos absortos y asombrados con lo que habíamos oído; y anegados en un piélago de amarguras, nos postramos para dar humildes gracias al Dios benéfico y amoroso que requería de aquellas fieras nuestra libertad; pero sus corazones estaban muy empedernidos, y esta escena que haría estremecer a los cielos, sólo sirvió para irritarnos más. El sacrílego, el blasfemo lego Herrera dijo estas espantosas palabras: *el mismo caso hago yo del sacramento que de este pañuelo*, arrojándolo lejos de sí.

Aquellos caritativos ministros del santuario se vieron tratados de traidores y cercados de lanzas, absolviéndose unos a otros, porque ya se había mandado tocar a degüello. ¡Ah, no hay corazón que pueda recordar este lance sin deshacerte en lágrimas! Aquellos bárbaros abandonados ya de Dios, hubieran sacrificado a los sacerdotes, si no temieran irritar al pueblo con un hecho tan escandaloso y horrible.

Eran las tres y media de la tarde y aún no nos habíamos desayunado. Vemos entrar al angloamericano en nuestro calabozo; mis compañeros se echaron a sus pies implorando su piedad. #Ustedes son felices, nos dijo, miren mi reloj, son las tres y media; a las cuatro debían ustedes salir para el suplicio; así se había decretado en la junta de esta mañana, y aun se había librado oficio al párroco<sup>7</sup> para que viniesen los sacerdotes a auxiliar a ustedes, *porque nosotros nos portamos como verdaderos cristianos*; pero estos padres, que debían ser puestos por delante a la boca de los cañones, nos llevaron el santísimo. En fin se hace preciso perdonarles por ahora. Son ustedes los primeros, continuó, que se escapan de este sable; con él degollé yo mismo más de doscientos en Granaditas, y más de mil en Guadalajara... de buena escaparon ustedes hoy. Eh, no hay que apurarse; comer bien y criar mucha sangre que todo se compondrá.

Después que este herejón estuvo gloriándose de sus negras y abominables hazañas, y después de haber levantado mil desatinadas calumnias al gobierno y a todos los europeos, se fue y nos dejó encerrados en el calabozo con guardia doble. Seguimos en él con más rigor que nunca y sin recibir el menor consuelo; cada vez que a deshora de la noche entraban los lanceros a reconocer nuestra prisión, nos asustábamos muchísimo, pues creíamos que nos irían a degollar en medio de las tinieblas de la noche. ¡Cuántas amarguras pasamos en esta terrible cárcel! ¡Solo tú, gran Dios, pudiste sostener nuestra mísera existencia, y nuestra resignación!

Las tropas del rey habían conseguido la asombrosa victoria del puente de Calderón, y venían acercándose a San Luis. Nuestros cobardes tiranos trataron de abandonar la ciudad y huir. El día 25 de febrero nos hicieron salir del calabozo y montar en unos burros

---

<sup>7</sup> Al fin está una copia de dicho oficio.

aparejados que estaban a la puerta de la cárcel; nos rodeó una compañía de treinta lanceros, cuyo capitán tenía el alma más negra que su cara, y así nos tuvieron desde las diez de la mañana, hasta las tres de la tarde.<sup>8</sup> A esta hora salimos a la retaguardia de dos mil quinientos insurgentes de caballería, y quinientos de infantería que arrastraban quince cañones de buen calibre.

Nosotros fuimos el objeto más ridículo y despreciable a los ojos de la insolente plebe, que se agolpó en la plaza, en las calles y fuera de la ciudad; pero nuestra inocencia nos consolaba, y así recibíamos sus insultos con serenidad. Algunos de los lanceros que nos custodiaban nos dijeron que aquella misma noche seríamos degollados; y a cada instante creíamos que sería el último de nuestra penosa vida.

Caminamos ocho días hasta Rioverde. No trato yo de describir aquí los infinitos trabajos que pasamos en esta penosa marcha, por no hacer más fastidiosa la lectura de estas memorias. ¡Ah, cuando yo caminaba con libertad para el Saltillo, creía que no podrían darse mayores trabajos que los que pasaba entonces, durmiendo sobre unas corazas entre la nieve, en medio de los campos: el cansancio, la hambre y la sed se me hacían entonces insoportables, porque estaba acostumbrado al regalo y a la delicadeza! ¡Mas ay! que todo aquello era nada en comparación de las fatigas, de la hambre y sed, de la desnudez y miseria en que nos veíamos de las inmundas cárceles en que nos metían, del espantoso semblante de una muerte cruel que mirábamos tan de cerca, y sobre todo, del sumo desprecio e inhumanidad con que los bárbaros nos trataban, cual si fuésemos los entes más abominables de la naturaleza.

---

<sup>8</sup> Abreu y Pico tuvieron la fortuna de que los dejaran en el hospital, en donde permanecieron hasta la entrada de las tropas del rey.

No debo omitir un pasaje que dará alguna idea de nuestros tiranos. Yo quería tener grato al feroz capitán de nuestra escolta, y siempre que yo fumaba le ofrecía, y el tomaba de mis puros; pero esto me trajo unas fatales resultas. El segundo día apenas habríamos caminado una legua, he aquí que se acerca a nosotros un coche, y que grita el diabólico Blanca —Paren, paren, c... ¿no oyen? ¿Quién fue el europeo que dio un puro al capitán? — Yo, señor. —Usted es un infame, un vil; ¿de cuántas clases de venenos usan ustedes, demonios?... Yo no sabía a qué atribuir lo que el monstruo me decía, y le respondí: señor, yo no entiendo ese lenguaje, ni sé que dar un puro sea un delito; debía usted compadecerse de nuestra desgraciada situación, y tratarnos con más humanidad. —Humanidad, humanidad, malditos!... Sí, con la misma que ustedes trataron a la infeliz América trescientos años. —Señor nosotros somos inocentes, a nadie hemos hecho daño. —Cállese usted demonio. Usted y todos los gachupines son unos fracmasones, unos hipócritas, y abusan de la religión, de la humanidad y de los derechos más sagrados. Yo procuraba conservarles la vida; pero se han hecho indignos de ella. —Pero señor... —Ea, un lancero baje a ese hombre y amárrelo fuertemente codo con codo. ¡Oh Dios! aquel hombre estaba furioso, en su cara se retrataba el mismo infierno, y yo creí que me iba a sacrificar a su mortal odio. Mi vida, exclamé, sólo pende del Altísimo. El tirano me echó una terrible maldición, y dio orden de que me condujesen amarrado como estaba.

Hasta los mismos lanceros se compadecieron de mí, y dijeron que aquello era injusto. Después supe que el maldito capitán me había acusado de que le había dado un puro envenenado. ¿Puede darse mayor maldad ni perversidad de alma como la de este hombre? ¿Pues cómo no reventó ni tuvo la menor novedad con el puro envenenado?

Llegamos a Rioverde, y nos pusieron como acostumbraban en la cárcel pública. Los vapores mefíticos que se encerraban en aquel inmundo lugar serían bastantes para quitarnos

la vida, si no nos hubieran pasado a los tres días a otra prisión menos intolerable. Allí estuvimos quince días, en cuyo tiempo supimos que las tropas del rey habían entrado en San Luis Potosí. Nuestros tiranos recibieron varias cartas de dicha ciudad, en que sus secretos partidarios les avisaban cuanto pasaba, y el día en que iba a salir una división en su seguimiento. Nuestro capitán nos dijo que pidiésemos a Dios no se presentaran jamás las tropas enemigas, porque tenía orden de pasarnos a cuchillo en la menor novedad que se advirtiese.

Tuvieron pues, que salir precipitadamente de Rioverde el día 18 de marzo. Caminamos sin parar dos días con sus noches, y en la mañana del 20 entramos al valle del Maíz; nos destinaron a la cárcel que está en la entrada del pueblo, dejándonos la misma custodia que nos había conducido desde San Luis, y encerrando con nosotros (como lo hacían siempre) algunos de los suyos que al mismo tiempo que pagaban algún delito, servían para observar todos nuestros movimientos y conversaciones.

El lego Herrera y Blanca estaban bien descuidados, sin pasarles por la imaginación que el señor coronel don Diego García Conde, que los iba persiguiendo con dirección a Rioverde, informado del punto en que se hallaban había dispuesto sorprenderlos, haciendo atravesar su división desde la hacienda de la Angostura, hasta las inmediaciones del valle del Maíz, a costa de una violenta y penosísima marcha.

El día 21 a las cinco de la tarde, cuando el lego estaba disponiendo un baile para la noche, y el saqueo general del pueblo para el día siguiente, llegó una avanzada a todo galope avisando que estaban encima las tropas del rey. Inmediatamente mandó conducir los quince cañones, municiones y todas las cargas a una ventajosa posición distante del pueblo cosa de una legua. En el resto de la noche dispusieron muy bien sus baterías, ordenaron su gente; que ya pasaba de seis mil hombres, y esperaron el ataque. Nosotros desde la cárcel



oíamos la gritería, observábamos la confusión y apenas inferimos lo que podría ser aquello, y así pasamos una noche muy inquieta.

Amaneció por fin el día 22... ¡Oh día terrible, día espantoso, cuya memoria hiela mi corazón y me hace estremecer!... Serían las nueve de la mañana cuando oímos el primer cañonazo y contamos hasta catorce; a este tiempo se abría la puerta de la cárcel y entraron de golpe sobre nosotros los treinta lanceros de nuestra guardia; nos amarraron fuertemente los brazos atrás, y nos despojaron de la mayor parte de la ropa que teníamos puesta. Presentose en seguida el malvado capitán y nos intimó que acababa de recibir orden de sus generales para pasarnos a cuchillo en aquel mismo instante... ¡Dios mío, gritamos todos, tened piedad de nosotros! —No hay piedad infames: mueran. —Un sacerdote, un sacerdote por amor de Dios que nos auxilie. —En el infierno encontrareis bastantes... ejecútese la orden... Mueran, gritaron los inhumanos, y empezó la horrible carnicería... ¡Santo Dios! ¡Qué espectáculo tan horroroso! ¿Quién será capaz de expresarlo?... Me abandona el valor, y un sudor frío corre por mi frente... me veo precisado a dejar la pluma.

Almas sensibles y generosas: este cuadro es muy digno de vosotras... Volad a aquella cárcel y ved a doce víctimas inocentes indefensas... revolcándose en su sangre, y atravesadas por mil partes con los cuchillos y las lanzas. No se oye por nuestra parte más voz que los dulcísimos nombres de Jesús y de María, que repiten todos hasta el último momento... Ved al honrado Verdeja que agonizando ya, recomienda a María Santísima a su triste esposa y a cinco inocentes criaturas que deja sumergidas en la miseria... pero uno de los crueles verdugos de tres machetazos divide su cabeza en dos partes hasta el cuello... Los bárbaros hacen más horrible el sacrificio con sus obscenidades, y no saciados aún con tanta sangre, cual tigres encarnizados, destrozan los cadáveres y separan de algunos de ellos las partes más ocultas... ¡Oh monstruos de crueldad!

Ya espiraron mis once compañeros... Sus almas volaron a los cielos a recibir el premio que les tenía destinado el Dios de las misericordias, y aquella cárcel quedó santificada con tanta sangre inocente...

Yo estaba bañado en mi sangre y me sentía herido mortalmente; pero Dios por sus altos juicios conservaba mi vida. Más de un cuarto de hora estuve tendido desangrándome y encomendando mi alma a su Criador. Abro mis ojos y veo que todos los asesinos habían huido así que consumaron el sacrificio. Procuro incorporarme con muchísimo trabajo; di dos o tres pasos, pero se puso una espesa nube delante de mis ojos, me abandonaron las fuerzas y caí sobre los cadáveres de mis compañeros.

A poco rato entra un religioso de San Francisco, y se horroriza de ver aquel espectáculo. —Padre, padre de mi alma, le dije, por amor de Dios, mire usted como me han puesto... hasta las palabras se salen por esta herida del cuello... —El buen religioso cortó la cuerda que sujetaba mis brazos, me puso su pañuelo en la herida, me recostó sobre su pecho, y regaba mi cara con sus lágrimas. —Haga usted intención, me dijo, de recibir la absolución general. —Me absolvió, y yo le pregunté ¿en qué estado estaba la batalla? — Los malvados, respondió, han sido derrotados completísimamente, dejando el campo cubierto con los cadáveres de los que no pudieron huir, los cañones, las cargas y cuanto habían robado. ¿No oye usted el repique por tan gloriosa victoria? —Bendito sea Dios, exclamé. —Sí, continuó el padre, estos malvados, sólo tienen valor con las víctimas indefensas como ustedes. —Por Dios, padre, sáqueme usted de aquí. Llamó a otros dos hombres y me llevaron a un jacalito que estaba a veinte pasos de la cárcel, y se volvieron a ella a ver si alguno de los compañeros daba señales de vida.

Yo permanecí allí largo rato casi en agonía. Descubría desde aquel sitio el camino que venía al pueblo; veía ir y venir gentes, pero como mi vista estaba tan turbada no podía

distinguir si era el ejército victorioso que iba a entrar, o si eran los insurgentes desordenados que huían. Procuré pues, levantarme y dar algunos pasos: el primer objeto que se me presentó fue un dragón a caballo delante de la cárcel; me fui acercando a él, y le dije: ¿es usted de las tropas del rey? —Si soy, me respondió. Entonces recogiendo yo todas mis fuerzas, exclamé: viva el rey... y caí sin sentido.

Cuando volví a abrir mis ojos me hallé en una casa, rodeado de oficiales, de amigos míos, que lloraban tristemente mi desgraciada suerte. Dios mío, exclamé, ya estoy en los brazos de la humanidad; ahora moriré contento. Yo sentía mi cuerpo helado y todas aquellas señales que son precursoras de la muerte: todos creían que iba a expirar.

A este tiempo entra mi amigo Carlos; le llamo por su nombre; me conoce y grita asombrado, ¡Dios mío! ¡Qué veo! ¿Eres tú Juan? —Sí, yo soy; aquí vine a pagar mis pecados. Aquel joven, a quien siempre estaré agradecido, hizo los mayores extremos de dolor; así que se serenó algo procuró darme todo el consuelo posible. Amigo querido, decía, no, tú no morirás, ten esta esperanza; ven, te llevaré a la casa de nuestro comandante, verá el cirujano tus heridas y serás atendido con esmero. Yo quise incorporarme, pero no fue posible; entonces el generoso Carlos y otro, me llevaron en sus brazos a la casa en que estaba alojado el señor García Conde, y me pusieron sobre un colchón.

Poco después llegó el cirujano del ejército don Mariano Güemes; fue necesario cortar con tijeras toda mi ropa porque estaba empapada en sangre y pegada al cuerpo. Reconoció mis heridas, y contó veintidós, siendo tres de ellas mortales de necesidad. Les aplicó bálsamos y me vendó perfectamente; intentó darme unas cucharadas de vino generoso y todo se salió por la terrible herida del cuello. El cirujano y todos estaban persuadidos a que yo moría antes de amanecer. Una herida mortal que tenía sobre el

corazón me causaba agudísimos dolores; se apoderó de mí una violenta calentura, y pasé toda la noche en profundo delirio.

A los dos días pude pasar aunque con mucho trabajo, algunas cucharadas de almendrada; mis heridas presentaban buen aspecto, y Güemes me dio alguna esperanza de vida. Jamás podré pagar a este hábil y amable joven el interés y la eficacia con que se esmeró en mi curación; y si hemos de contar con las causas segundas, a él le debo la vida.

A los ocho días ya había el señor García Conde arreglado el gobierno y cuanto se ofreció en el valle, y dispuso su salida para Rioverde. Yo estaba todavía sin movimiento y en mucho peligro, pero era preciso seguir la división. Me condujeron en un carro bien cubierto, y como el camino hasta cerca de Rioverde es tan difícil y escabroso para carruajes, se renovaron todas mis heridas, y pasé tantos dolores y trabajos en esta marcha que todos se asombraron de que hubiese llegado vivo.

Mucho trabajó Güemes<sup>9</sup> conmigo los días que estuvo la división en Rioverde, pero consiguió aliviarme.

Las generosas y amables señoras doña Rita y doña Dolores Barragán<sup>10</sup> cuidaron de mi alimento y asistencia con el interés de una tierna madre. Estas señoras querían costear cuantos gastos se hiciesen en mi conducción a San Luis; pero los señores oficiales de la división no lo permitieron, y tuvieron la bondad de nombrar a uno que colectó entre ellos más de cien pesos; mandó hacer una cama de tablas con cuatro pilares por cada lado, de donde salían otros tantos arcos, y toda iba cubierta de crea listada de azul. Asimismo tenía cuidado de tomar en todos los pueblos y haciendas del tránsito bastantes indios que llevasen

---

<sup>9</sup> Por haberme quedado casi sin sangre era tal mi debilidad que me daba treinta gotas de opio, y no fue posible dormir una hora en más de veinte días.

<sup>10</sup> Siguieron la división desde el valle hasta San Luis.

mi cama sobre sus hombros, de modo que llegué a San Luis con cuanta comodidad es posible.

Entré, en fin, en San Luis...<sup>11</sup> a esta ciudad en que tanto he padecido, y a donde no creí volver jamás. Me esperaban en casa del benéfico don Miguel Flores, en donde pasé todo el tiempo de mi convalecencia. Mi llegada a la ciudad dio tanto golpe que todos me miraban con admiración, y me llamaban y aún llaman *la vida del milagro, o el resucitado*.

A los cinco o seis días me llevó Güemes a visitar a nuestro invicto general el señor don Félix María Calleja; este grande hombre me recibió con aquella humanidad y dulzura que hacen su amable carácter. Después fui visitando a los demás jefes del ejército; todos me favorecieron mucho tomando un vivo interés en mis desgracias.

Las generosas señoras Barraganes me continúan hasta el día su beneficencia; lo mismo el señor don Vicente Pastor y su amable familia, a quien debo el más tierno cariño; y el señor regidor alférez real don Manuel de la Gándara, en cuya casa vivo actualmente con toda comodidad, y lo publico en testimonio de mi gratitud.

¡Dios de bondad y de misericordia, tu majestad augusta se ha servido de estas almas sensibles y generosas para prodigarme tus piedades por un efecto de tu adorable providencia! Dígnate, Señor, de recompensarles como merecen. Tú, Señor, has querido conservarme la vida en medio de tantos peligros y aflicciones, manifestando conmigo tu poder y tu *misericordia*... Yo te adoro, Dios mío, te bendigo en tu justicia y en tu bondad... Te doy infinitas gracias con todo el afecto de mi pobre alma, y te suplico humildemente me comuniqués tus auxilios para que jamás sea ingrato a los singulares favores que has obrado conmigo...

---

<sup>11</sup> Entré con la división *el lunes de pascua de resurrección*.

No te será, extraño, mi querido Joaquín, que concluya mi relación con estos sentimientos humildes que me dicta el alma en medio de sus transportes al considerar la serie de los sucesos que han pasado por mí. Yo veo delante de mis ojos un abismo insondable que me turba la imaginación, y al recordar los lances en que casi palpé la particular providencia de un Dios benéfico, no puedo menos que anonadarme en mi propio principio, y adorar en silencio los inescrutables decretos del Señor, más por los sucesos generales de esta horrible convulsión política que nos ha trastornado, que por las particulares desgracias que han pasado por mí, cuando mucho más merezco. Créeme, mi querido Joaquín, aún es más fuerte la impresión que me causan los comunes males de la patria, al considerar el carácter y naturaleza de las irrupciones sangrientas que sufren los pueblos miserables. La humanidad se ha destronado por la terrible mano de la sedición, en que un fermento fatal de odios, resentimientos y provocaciones, han inspirado el fanatismo delirante que nos inunda en nuestra propia sangre, y ha renovado entre nosotros las espantosas escenas de Marat y Robespierre. Queda pues con Dios, mi dulce amigo, a quien pido te guarde muchos años.

San Luis Potosí junio 15 de 1811.— Juan Villarguide.

*Copia a la letra del oficio que en 19 de febrero pasó el lego Herrera al señor cura párroco de San Luis Potosí, en cuyo poder está original*

En esta fecha tengo decretada la decapitación de once europeos, como miembro de la nación americana; y debiéndose efectuar en la tarde de este día, espero que usted se sirva, para que no les falten los auxilios católicos, de remitirles otros tantos eclesiásticos a la cárcel para que los auxilién hasta el suplicio; lo que espero verifique en cumplimiento de su deber.

Dios guarde a usted muchos años. Cuartel principal y brigada del sur, en San Luis Potosí, a 19 de febrero de 1811.— *Fray Luis Herrera*, mariscal de campo.— Señor cura párroco de esta ciudad.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Rodrigo Moreno Gutiérrez  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602